

PRIMER PREMIO

V CONCURSO DE RELATOS CORTOS AULACE FORO FARO



FRANCISCO ORTEGA
CERVILLA

LA BRUJA BLANCA

Me llamo Pedro Labrador y mis primeros pasos transcurrieron en el orfanato de la "Hermandad del Santo Niño" de Sevilla, en el que, pese a las dificultades y privaciones, los frailes me dieron educación y con ello la oportunidad de servir al Rey Nuestro Señor. Pero no quiero en esta ocasión contar mi historia sino la de Germán, un anciano de cara pálida y flácida; de ojos hundidos ya mates; cabellos escasos, sucios y encanecidos -quizás prematuramente- que le daban aspecto de enfermedad y miseria.

Lo conocí en la cárcel en 1623 -y allí quedó cuando cumplí mi condena para volver al mundo-, en la que entré para penar por las acusaciones de haberme quedado con parte de los fondos que recogía como recaudador de impuestos. Desde entonces me prometí dejar los naipes para siempre. En los dos años que permanecimos juntos se fue abriendo y me contó a retazos, y en ocasiones roto por el dolor, gran parte de su vida. Muchas noches se despertaba sobresaltado, gritando reiteradamente un nombre -que yo no alcancé a entender- al que pedía perdón entre sollozos. Las lágrimas dejaban entonces surcos de sal en esa máscara de dolor en que se convertía su rostro. Yo he procurado completar -espero que con acierto- aquellos huecos que quedaban vacíos en unos recuerdos que afloraban a su conciencia arrugados, distorsionados y, a veces, inconexos.

Grandes relámpagos, como preludio inevitable de los ensordecedores truenos que les seguían, desgarraban el cielo iluminando a intervalos, por sus escasos huecos, la cueva de una parturienta mientras la lluvia golpeaba sin cesar, con gruesos goterones, el cobertizo que servía de porche a la entrada. En esa noche infernal, noche premonitrice de los acontecimientos nefastos que sacudirían aquel valle, al filo del crepúsculo, nació una niña preciosa, de blanquísima piel, a la que pusieron por nombre Aurora. Mostraba una sonrisa extraña en los labios, y unos grandes ojos verdes completamente abiertos, en cuyo fondo se reflejaban, amortiguados, los enormes destellos de luz de la tormenta. Sus padres, oriundos de tierras gallegas, se asentaron en el valle -posiblemente huyendo de la Inquisición- cuando éste fue repoblado por cristianos viejos a raíz de la expulsión de los moriscos.

Aurora, desde sus primeros pasos, ya mostró comportamientos extraños y cualidades que escapaban a toda lógica: comenzó a andar con apenas cinco meses completamente erguida, lo miraba todo fijamente sin pronunciar un solo sonido, y, los animales, al sentir sus pupilas, huían despavoridos; muy pronto, su golosina preferida la constituía la savia, que chupaba con fruición del pedúnculo de los higos verdes en las higueras cercanas. Nadie comprendió nunca como su estómago podía tolerar ese líquido blanquecino tan pegajoso e irritante para el resto de los mortales. Desde su primera caminata con su padre, con no más de 8 años, en que probó el agua ferruginosa de "Fuente Agria", no bebió ni usó en sus brebajes otro líquido que ése. Cuando alguna vez por descuido le faltaba, se ponía en camino de inmediato, ya fuera de día o de noche, lloviera o tronara; nunca tuvo miedo. Conocía las más recónditas trochas, cuevas, rocas, plantas y animales de ese valle que consideraba su mundo.

Creció Aurora medio salvaje ya que nunca consintió en asistir a la escuela -tampoco los padres pusieron en ello mucho empeño-. Ya adolescente, se convirtió en una hermosa muchacha de tez inmaculada, cuya espalda adelgazaba sus líneas con rapidez en un esbelto tal, para ensancharse después marcando el generoso contorno de las

caderas. Cierta día apareció acompañada de un enorme perro asilvestrado, al que puso de nombre Bru-man; animal que había matado algunas ovejas y escapado a varias batidas para darle muerte. Desde ese momento no se separó de ella ni de día ni de noche, con una docilidad que contrastaba con la agresividad mostrada hacia el resto de los habitantes del valle.

En la terna del valle se hablaba naturalmente de su belleza y de sus correrías por el monte. Uno de los mozos, con bravuconería, en el calor del vino trasegado, desafió a los demás diciendo que al día siguiente la haría suya si le pagaban una cántara del afamado caldo de "Las Rozas de Albondón", con el que invitaría luego a toda la concurrencia. Con gran chanza, todos asintieron divertidos y se formalizó la apuesta. En la tarde de la fecha anunciada, cuando el sol ya coqueteaba con el horizonte antes de desaparecer, un pastor dio aviso de que al volver al pueblo con sus ovejas, había visto el cuerpo quemado del muchacho entre unas zarzas. Oficialmente todo quedó en que un rayo lo había alcanzado, a pesar de que no hubo tormenta alguna en la zona. Desde ese día, en privado, a Aurora la llamaron la "Bruja Blanca".

Germán, joven campesino algo rechoncho, de dientes dispersos, ancho de hombros y piernas zambas -posiblemente al haber soportado grandes pesos en su niñez- experimentaba un hechizo extraño por ese ser hurafino, montaraz y silencioso, pero con un físico tan agraciado. La seguía a distancia cuando la encontraba en los prados buscando plantas, meditando ensimismada en lo alto de los riscos, en el bosquecillo de castaños o bañándose desnuda en el río. Se convertía entonces en una sombra distante, aunque nunca se atrevió a dirigirse la palabra en estas excursiones. El miedo, la curiosidad, la atracción y el deseo luchaban en su alma de forma constante sin un vencedor claro; hasta que quedó prendido en esa estela de seducción, en ese torbellino de amor que quiebra la voluntad de los hombres y los muestra como siervos desvalidos.

Con el tiempo, Aurora terminó aceptando la proximidad de Germán, aunque el amor permaneció siempre ausente de su corazón de piedra. Con él tenía solucionados todos los problemas cotidianos: mucha leña cortada en la chimenea para los fríos inviernos, el cultivo del huerto, el cuidado de los animales, la continua reparación y limpieza, cocinar... Conoció así, libre de todo deber, tener todo el tiempo del mundo para sus correrías por ese valle en el que se sentía plenamente feliz acompañada por Bru-man. Aurora, como antes hizo su madre,

desnuda como acostumbra, pero lo hacía ahora buscando siempre el lugar por el que el pastor retornaba al pueblo con el rebaño.

La vida de Germán, que hasta entonces había estado muerto al deseo carnal -posiblemente ayudado por algún bebedizo suministrado por Aurora-, se transformó en un deseo atroz que se negaba a ser primido y retornar a los confines cerebrales de los que había surgido. Se consumía abrasado por unos celos que lo atenazaban y no le dejaban vivir. Surgió en él una segunda persona insensible, dura y llena de odio, que no obedecía ya a su voluntad. Y poco a poco se fue haciendo en su mente un hueco para el deseo de venganza. Una noche, en que sabía que ellos estaban juntos, prendió fuego a la cabaña del pastor por los cuatro costados con hierbas secas y au-lagas, que previamente había ido preparando. Milagrosamente, Aurora salió de entre las llamas, como una diosa del fuego, envuelta en una manta mojada. Germán, atónito, se quedó inmóvil con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando alternativamente al fuego y a Aurora, como hipnotizado, con el cerebro en blanco, sin percatarse siquiera de que fue prendido por la "Santa Hermandad". Alcanzó a ver cómo se desplomaba el techo en llamas, y que la cabaña se consumía como una gran pavesa quedando reducida a cenizas.

Obligado por la promesa de llevarle noticias del valle a Germán, y por mi propia curiosidad, me puse en camino hacia el lugar donde ocurrieron los hechos, ansioso por completar el final de esta triste historia. De amanecida, cabalgaba ya con mi yegua por un ancho camino que se fue estrechando, a la vez que ganaba altura, al adentrarse en el valle. Por doquiera, riachuelos y resurgimientos acuíferos iban descendiendo las pendientes buscando el cauce del río que lo surcaba. A lo lejos algunas poblaciones, muy blancas, parecían como colgadas de las fuertes laderas abanacadas para los cultivos. En el largo trayecto me crucé con numerosos arrieros, cuyas bestias cargaban en los serones aperos de labranza y productos del campo. Cerca ya de las altas cumbres nevadas, al pasar una loma, apareció la pequeña población de mi destino: casitas encajadas, con tejados planos de launa y chimeneas cilíndricas, que se apilaban en callejuelas retorcidas encaramadas montaña arriba. Entre las numerosas terrazas, llenas de flores, encontré sin dificultad la elevada torre de la iglesia. Una vez en el templo, en la penumbra, distinguí un hombre alto y delgado vestido con una larga sotana negra, que encendía unas velas a los pies de la imagen de la Virgen en una de las capillas.

-¡Hola Padre, buenas tardes! -mi voz resonó hueca en el templo vacío, y el sacerdote se volvió sorprendido. Era un anciano de cuerpo enjuto y rostro agradable-. ¿Puede atenderme un momento?

-Alabado sea el Señor, tú dirás hijo mío -me respondió con voz suave, arrastrando las palabras, a la vez que me observaba sonriendo abiertamente.

-Verá Padre, me ha traído aquí la curiosidad y el deseo de ayudar, en la medida de lo posible, a un preso de este mismo pueblo. Me gustaría saber lo que ha sido de una mujer llamada Aurora que seguramente aún vive aquí. -Al oír ese nombre se santiguó, su sonrisa desapareció, me miró extrañado e hizo una larga pausa antes de responder.

-Hijo mío, esa mujer trajo muchas desgracias y miedo a los habitantes de este valle. Por tus palabras comprendo que ya conoces a nuestro antiguo vecino Germán.

-Sí, Padre, él me ha traído hasta aquí.

-Entonces sabrás que ella, la "Bruja Blanca", se amancebó con un joven pastor, y que éste le dio un hijo póstumo al morir en aquel incendio.

-Lo del niño no lo sabía, Padre, pero entonces, ¿qué ha sido de ella y de ese niño? -le interpele con vehemencia para que continuara su relato.

-Verás, ella vivía con el recién nacido en su cueva, pero un día decidió excavar una de las paredes para hacerle una habitación al niño -se calló un instante, como haciendo memoria antes de continuar-, así que lo dejó en el cobertizo, vigilado por su fiel perro Bru-man, para evitarle el polvo producido al extraer la tierra. Fue entonces, de improviso, cuando ocurrió el desastre. La cueva se vino abajo sepultándola. El animal aulló con tal fuerza y desesperación, presa del dolor y la angustia, que puso sobre aviso a todos los habitantes del valle. Cuando éstos acudieron era ya tarde para intentar ningún rescate. Se había consumado la tragedia.

-Pero, ¿qué fue del niño? -le apremié lleno de inquietud.

-El pequeño no sufrió ningún daño, pero tuvieron que traer una escopeta y matar al perro. Éste no dejaba que nadie se acercara al lugar donde se encontraba la criatura que lloraba desesperadamente de hambre. Yo por mi parte, avisé a los presentes que no permitiría que su madre se enterrase en lugar sagrado; no fue bautizada y nunca pisó la iglesia, así que su cuerpo sigue aún allí, bajo la que fue su cueva.

-Padre, me gustaría conocer a ese niño, bueno, a ese hombre ya, ¿es eso posible?

-El sacerdote me miró fijamente antes de responder.

-Ese deseo tuyo no está en mis manos, sino en las de Dios. El niño no se crió aquí, yo mismo lo envié a Sevilla. El arzobispo de la diócesis le encargó su crianza y educación a unos frailes: los de "La Hermandad del Santo Niño".

Al oír sus últimas palabras una sospecha se fue enredando en mi cerebro y me puse lívido de espanto. Dentro de mi pecho creció una pregunta inmensa que me cortaba la respiración. Aún no sé cómo, mecánicamente, articulé estas palabras entrecortadas: -¿Y sabe... sabe cómo... cómo se llama ese niño, Padre?

-Si, yo mismo lo bauticé cuando murió su madre y le puse de nombre Pedro. Pedro Labrador como se llamaba su padre.

Sin poder despedirme, como un somnoliento, salí a tropiezos a la calle, oscura ya, cogí mi yegua y la puse al galope para salir cuanto antes del valle. En mi cabeza se entrelazaban mil ideas contradictorias... mientras, en el cielo, se deslizaba entre las nubes una gran bandeja de plata bruñida: era la luna llena.



“Aurora, desde sus primeros pasos, ya mostró comportamientos extraños y cualidades que escapan a toda lógica”

recolectaba todo tipo de hierbas, líquenes, setas, insectos, minerales y flores; así como el látex de algunas plantas. Con todo ello elaboraba ungüentos, perfumes y filtros que ofrecía luego a los lugareños para mitigar sus dolencias, tanto del cuerpo como del alma. Sus consultas las realizaba siempre bajo la higuera del porche, hiciera frío o calor, nevara o cayeran chuzos de punta. Nunca dejó a nadie entrar en su cueva, ni siquiera a Germán; ese antro, lleno de matraces, redomas, alambiques, cacerolas y calderos -todos de herencia materna- era de su uso exclusivo, y en ella pasaba su tiempo cuando no estaba en el campo. Jamás pidió nada a nadie por esos remedios que entregaba en pequeñas calabazas piriformes muy frecuentes en la zona. Los visitantes, agradecidos, siempre le dejaban algo al marcharse: un lechoncillo, un celemin de trigo, unas botellas de vino, unas albarcas, una hoz, un cedazo, una gallina, un tarro de miel, un jamón, unas trébedes, una cántara de aceite, un dije... Todo era bienvenido por parte de Germán que se apresuraba a recoger los regalos con gran alegría, viéndolo como aumentaba la hacienda y la despensa. Cuando, pasados ya los treinta años, Aurora decidió tener un hijo; el entusiasmo de la juventud y el ansia de maternidad se manifestaron en ella con fuerza, como frutos tardíos del árbol de la vida. No pensó en Germán como padre, sino que se fijó en un esbelto muchacho que aparentaba ganado en los alrededores. Comenzó a bañarse